

Fondo de Cultura Económica

 [fondodeculturaeconomica.com /editorial/prensa/Detalle.aspx](http://fondodeculturaeconomica.com/editorial/prensa/Detalle.aspx)

Hans Blumenberg propone no entender la técnica como enemigo del espíritu

Hay muchos tipos de pensadores: están los filósofos y —cruel etiqueta que usaba Thomas Bernhard— los filosofantes; luego vienen los metodólogos, los epígonos y los profesores de Filosofía; y, entre los que recopilan y comentan las ideas concebidas por otros, los escoliastas, los doxógrafos y los historiadores de las ideas. Y, por último, están los ideólogos y los hermeneutas. Se puede definir al ideólogo como un hermeneuta interesado, es decir, uno que suele valerse de la interpretación del pensamiento ajeno con fines que no son estrictamente filosóficos y que, a menudo, son inconfesables. Por consiguiente, el buen hermeneuta es el que no manipula el pensamiento de los demás sino que piensa por simpatía o afinidad con él e incluso puede llegar a enriquecerlo con sus comentarios. Hans Blumenberg sería el representante admirable de la buena, la *gran hermenéutica*.

Tras su muerte en 1996, Blumenberg dejó un considerable legado de escritos inéditos que se guardan en el archivo de literatura de Marbach. A medida que se va completando el trabajo de sus albaceas intelectuales, poco a poco estos escritos van saliendo a la luz y son rápidamente incorporados a su bibliografía en español. Los dos libros que nos ocupan forman parte de ese legado.

En el primero, publicado por Pre-Textos, Blumenberg cambia el enfoque con que la técnica ha sido abordada desde la filosofía contemporánea. Se pregunta si los ingenios, las reglas y los modelos de la técnica pueden ser considerados como parte de la obra de la naturaleza. Si, en lugar de ser tratada como una contingencia —para algunos, indeseable—, no sería preferible comprender la técnica como una necesidad, lo cual tendría enormes implicaciones a la hora de explicar el nacimiento del espíritu moderno.

Si la técnica pertenece, por así decirlo, al desarrollo *natural* del cuerpo humano y no es, como sugieren la mayoría de sus críticos —con Heidegger a la cabeza—, esa mordaza que entorpece el conocimiento verdadero de lo que hay. Si fuera así, entonces la máquina de calcular inventada por Pascal no sería un instrumento de distorsión del saber auténtico sino un *argumento* (página 92), en el diálogo con el mundo natural. La técnica no sería entonces un enemigo perverso del espíritu sino que sería, a su vez, portadora de un espíritu propio y enormemente fértil al ser aplicada a la historia, a la política e incluso a la ética moderna. Como ejemplo de ello, Blumenberg anota la influencia de la Enciclopedia, a la que —significativamente— califica de “gran”; o el paso de la horizontalidad a la verticalidad en las ciudades modernas, marcado por el surgimiento de los rascacielos, que interpreta como signo de la transformación de la estructura del trabajo, ligado al incremento de la velocidad de la información en el nuevo capitalismo. La técnica es vista como uno de los medios con que el hombre cuenta para reinterpretarse y autorrealizarse, sobre todo al final de la Edad Media, cuando tiene lugar lo que llama “la merma del orden”. Así pues, su idea es que, más que un extravío del pensamiento, la técnica debería ser tratada como un factor positivo para la recuperación de la perdida armonía con la naturaleza y un elemento fundamental en la reafirmación del hombre como “ser genérico”, tal como lo calificó un reconocido tecnófilo como Karl Marx.

En el segundo libro, publicado por **FCE**, Blumenberg de nuevo modifica un punto de vista tradicional en la filosofía contemporánea y sale al rescate de la oscura noción de “mundo de la vida”, debida a Husserl. Lo hace con incontables matizaciones e inteligentes observaciones que complementan su formulario original. El “mundo de la vida” es para Blumenberg el mundo en que la teoría no tiene (y no debe tener) lugar, o el espacio que ha abandonado y al que le resulta casi imposible volver, el ámbito que interrumpe la reflexión de Tales y le hace caer, al pozo. El “mundo de la vida” es donde moran intactos nuestros prejuicios y arbitrariedades: un “medio turbio para principios excelentes” (página 17), al que la filosofía se ha referido con modelos siempre imperfectos (el estado de naturaleza, la

mentalidad primitiva de Lévy Bruhl, el afuera de la razón, la experiencia inmediata, la pre-ciencia, la “facticidad” de Heidegger, etcétera), en suma, un mundo *feliz* en el que la filosofía ya no es necesaria, donde están lo consabido y aquello que no es preciso verificar, nuestros demonios familiares y, en suma, lo que hace diferentes al Lucero del Alba y al del atardecer pese a que la astronomía nos enseña que ambos son el mismo planeta. En su denso recorrido por todas las determinaciones del “mundo de la vida”, Blumenberg se acerca a una nueva definición de la diferencia entre naturaleza y artificio, así como se escora peligrosamente hacia un antisocratismo y hacia la velada afirmación de la literatura y el mito, dando a entender que quizá haya más de una salida de la Caverna platónica.

Hans Blumenberg. *Historia del espíritu de la técnica*. Traducción de Pedro Madrigal, Pre-Textos. Valencia, 2013, 172 páginas. / *Teoría del mundo de la vida*. Traducción de Griselda Marsico, en colaboración con Uwe Schor, **Fondo de Cultura Económica**. Buenos Aires, 2013, 280 páginas.